

tes rimbomba esa guerra de las dos ciudades, ese conflicto de los dos amores que se disputan la posesion de las almas. Hé aquí el gran misterio de la historia.

En todo hombre hay un fondo de miseria y de perversidad contra el que no puede menos que luchar el obispo; en todo poder humano tambien hay contra el poder del obispo un fondo secreto de celo, de oposicion y de guerra. Entre las autoridades religiosas y humanas hay un triple gérmen de diferencia dimanada de su origen, de su objeto, de su fin; para lo que es necesario, es indispensable que se establezca un acuerdo y una perfecta armonía; pero sucede frecuentemente que las autoridades humanas encargadas especialmente de contener y reprimir las pasiones por la fuerza, se impregnan voluntariamente en su ejercicio de todas las pasiones que debian combatir. La fuerza que solo tiene un empleo legitimo, muchas veces vemos que se doblega á los excesos y á los caprichos, por lo que algunas veces no se ejerce pura en sus mandatarios. Sucederá pues, entonces, que cuando su ambicion no tenga límites, cuadre muy mal á un poder espiritual que le enseñe el respeto escrupuloso y el empleo santificante de los bienes de este mundo; si su sensualidad es repugnante, por cierto que no le agrada un poder espiritual que mar-

que á su conciencia la necesidad de que subordine su cuerpo á su alma; si es orgulloso, no le agrada un poder espiritual que se ocupe de las almas, dejándole solo los cuerpos. Por esto quieren, siguiendo su gusto, y siendo los árbitros de la fuerza, y si en su poder estuviera, suprimir prácticamente el episcopado.

Abrazando con una ojeada la historia de la Iglesia, veremos á los poderes civiles empeñados en su lucha secular contra el episcopado, procediendo de tres maneras diferentes. Para sustraerse á la autoridad de la gracia, del amor y de la luz, veremos al poder completamente avasallado á sus pasiones, y esto desde Neron hasta los tiranos de Cochinchina y la Corea, matando entonces á los obispos. "Dices tú, obispo, que debo renunciar á mi egoismo y despotismo; pues no quiero, y para probarte que mi egoismo es grande y mi despotismo sagrado, te corto la cabeza." El poder bárbaro de la edad media, casi civilizado, hace entrar al obispo en la gerarquía civil, y se persuade que por ceñirle la espada y calzarle la espuela, ya dispondrá de él para implicarlo en las preocupaciones seculares convirtiéndolo en su vasallo y haciéndolo que porte su manopla de hierro, quizá hasta hacerlo que la ponga sobre la cabeza del príncipe de los apóstoles, diciéndole entonces: "Tú, obispo, me dices que debo renunciar á mi despotismo y

á mi egoismo; pues bien, para probarte el placer que siento en mi egoismo y las ventajas de mi despotismo, déjame gozar de la complacencia que siento al verte sujeto á mi poder por las investiduras." El poder absoluto viendo que no siempre puede matar á los obispos, ni que siempre saca utilidad alguna de tan homicida accion; advirtiendo en otros que nada gana, aun cuando todo le salga bien, comenzando por enervarlos, continúa por despojarlos de todas sus prerogativas políticas y civiles, y despues, con el pretexto de defender al Estado de las usurpaciones de la Iglesia, procura, ó ya por reglamentos de policía, ó por leyes restrictivas, ó por tantas cábalas que pone en uso, sujetar á los obispos á su tiranía. "Tú, obispo, dices que debo renunciar á mi egoismo y á mi despotismo; predicas que hay dos poderes; pues bien, yo tomo para mí la tierra, y á tí te relego con tu iglesia á los espacios indefinidos de la metafísica, desde donde estoy seguro que ni siquiera distinguirás mi egoismo y mi despotismo." En todas estas teorías de hostilidad, fuera de los casos prácticos de extender el poder civil, la autoridad se propone siempre los mismos resultados. Segun la institucion divina, el Obispo, respecto del Papa, tiene un poder subordinado, y sobre los fieles y los sacerdotes un poder superior; mientras que segun las suposi-

ciones humanas, se quiere sustraer al Obispo de la Santa Sede, intituyéndolo Papa para poder así á su arbitrio disponer de su poder y hacerlo su esclavo. No se le concede el poder sino para que rompa los canales que lo unen á la fuente sagrada del soberano pontificado, y así tenerlo avasallado; y queriendo remedar el tipo de los césares paganos, se quiere que ponga las manos sobre las almas así como sobre los cuerpos, resultando entonces el obispo no solo apocado, sino suprimido, reemplazando su ministerio de gracia por el cúmulo de las riquezas y de las dignidades. Entonces ese rico beneficiado no será el obispo católico romano que difunda el amor y la luz, la verdad la virtud, sino el obispo del cisma, y de la heregía ó de la traicion, el mercenario ó el lobo, la fuente sin agua, ó la cisterna agotada, la nada, oprimido con cadenas de oro.

El obispo despojado fraudulentamente de todo poder canónico y de toda gracia; el obispo incapaz por su estado de reprimir las pasiones y dirigir las conciencias, no puede menos que hacer que la verdad se debilita, que las tinieblas dominan, que las costumbres se corrompan y se degraden: la propiedad, el matrimonio, la familia, las instituciones sociales, todo bamboleará, vendrá abajo. El código de la estupidez, de la infamia, del latrocinio se propondrá entonces como el programa del progreso. Se vociferará entonces que la

religion es una impostura, que la Iglesia es homicida, y bandas ruinosas de descreidos asaltarán el orden social, moral y religioso, creado, conservado y vivificado por la gracia de Jesucristo y la accion de sus obispos.

Tal es, con pocas excepciones, el estado general de la sociedad en todo el mundo. La Religion es un principio que se repudia, la Iglesia una institucion que se quiere falsear en sus elementos; la Cátedra Apostólica un principado que se quiere anonadar, destruir, cuya pesadilla ha ocupado á todos los enemigos coronados desde Neron. Y ante tal tempestad, ¿qué hacen, donde están los obispos, cómo se preparan para resistirla? ¡Ah! los obispos, como otro Prometeo, están clavados sobre la roca en castigo de su genio. Ellos, porque concibieron y llevan en su alma el pensamiento del orden; porque guardan en su corazon las llamas del amor divino; porque conservan en sus manos consagradas todas las gracias del Evangelio, por todo esto se les prohíbe hablar. Desde el momento en que ellos proponen requerir y resistir con valor, marchando con resolucion, se les amenaza, se les aprisiona, se les clava sobre la roca de una esclava legalidad. En vano se quieren hacer pequeños, en vano suplican, en vano hacen valer sus derechos desconocidos, sus dogmas ultrajados: se les oye, y para qué! Para responderles con altanería: Silencio!..... Los pueblos fieles entonces admirados de lo que pasa, se agrupan y preguntan á los que velan sobre Israel: ¿qué pasa en la noche del siglo?—Silencio, silencio,

repiten en coro los folletos nauseabundos, silencio á los obispos, repiten los órganos de la libertad y del pueblo; y mientras que los obispos permanecen enclavados en la roca, implorando una mirada triste del Dios de las venganzas y de las misericordias, los buitres del ateísmo, de la corrupcion, del libre pensamiento, de la francmasonería, vienen á hincar sus picos acerados sobre el seno sangriento y desgarrado de los obispos, desfigurando su frente luminosa, golpeando su corazon que rebosa de amor. Alentados estos sicarios, y embriagados de su triunfo repugnante á vista del hórrido suplicio de sus víctimas, retroceden por fin, al ver aquellos cautivos inmortales que han revivido al peso de sus golpes destructores. Oh Dios! ¿Hasta cuando sufrireis el martirio y esclavitud de tus obispos?

Cuando la Polonia se vió á los piés de sus verdugos, llena de heroísmo por defender su independencia nacional, pero incapaz de levantarse, derramando un torrente de lágrimas, y dejando caer sus desfallecidos brazos, dijo: "Dios está muy alto, y la Francia muy léjos."—En presencia de la esclavitud legal de nuestros obispos, y á vista de esa sociedad invadida por tan infames doctrinas sin base y sin virtud, seamos nosotros para ellos lo que la Francia era para Polonia, la esperanza, el sosten, para que llevados por el amor, la gracia y el interes de nuestro progreso legítimo nosotros todos, segun nuestra condicion y estado, cooperemos con ellos á conseguir sus altos y nobles fines.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Marzo 8 de 1883.

NUM. 5.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA

de Su Santidad Leon XIII
al Excmo. Sr. Cardenal Mac-Cabé,
Arzobispo de Dublin, y á los demas
sacerdotes de Irlanda.

LEON XIII, PAPA.

Querido hijo, venerables hermanos, salud y apostólica bendicion.

El amor que sentimos por Irlanda, amor que ha aumentado con lo difícil de los tiempos, nos obliga á seguir con singular cuidado y con paternal ánimo el curso de vuestros asuntos. De la consideracion de vuestras cosas sacamos mayores cuidados que consuelos, porque en realidad las cosas públicas no andan entre vosotros tan florecientes como deseamos.

Pues de un lado encontramos hechos graves que afligen el ánimo; del otro la pasion, moviendo los áni-

mos, los arrastra á turbulencias censurables, y no han faltado quienes dieran bárbara muerte á hermanos suyos, como si la esperanza de la felicidad pública pudiera trocarse en crímenes.

Por todo esto, vosotros, querido hijo, venerables hermanos, animados de no menor solicitud que Nos, hace poco celebrasteis una reunion en Dublin, cuyos decretos que disteis hemos visto. Honradamente enseñasteis el medio de alcanzar la salud comun, y lo que es necesario evitar en tan triste momento, en medio de las actuales contiendas.

En lo cual obrásteis rectamente y de un modo conveniente al cargo episcopal y á la cosa pública. Entonces los hombres tienen mayor necesidad del consejo de sus Prelados, cuando más inminente es el peligro de obrar movidos por una pasion muy vehemente ó por un falso juicio. En estos casos, cuando con ímpetu violento prescinden los hombres de la honradez, pertenece á los Obispos calmar los irritados ánimos de la multitud y hacerla volver